

MI PRIMER BES  2

# AMOR A DISTANCIA

BETH REEKLES

Incluye también el relato  
*La casa de la playa*

**NETFLIX**

EL LIBRO QUE  
HA INSPIRADO  
LA PELÍCULA  
DE NETFLIX

CROSS  
BOOKS

**MI PRIMER BES  2**

# **AMOR A DISTANCIA**

**BETH REEKLES**

**CROSS  
BOOKS**

CROSSBOOKS, 2020  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Beach House*  
© del texto: Beth Reekles, 2019  
© de la traducción: María Cárcamo Ramos, 2020

Título original: *Going the Distance*  
© del texto: Beth Reekles, 2019  
© de la traducción: María Cárcamo Ramos, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: junio de 2020  
ISBN: 978-84-08-22724-3  
Depósito legal: B. 9.906-2020  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

Todos los veranos, desde que tengo uso de razón, nos íbamos a la casa de la playa de los Flynn, y era como un sueño hecho realidad.

Pero, como cada año, hacer la maleta fue una vez más una pesadilla.

No era tan horrible cuando me la hacía mi madre, cuando era una niña pequeña que no sabía lo que necesitaba, ni me importaba. Pero ahora tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano... Y siempre terminaba perdiendo la paciencia y volviendo a empezar desde el principio.

Era media mañana del miércoles, el día antes de irnos, y papá entró en la habitación con un refresco.

—Parece que ha pasado un huracán —dijo, riéndose.

—Odio hacer la maleta.

—Que no se te olvide el *aftersun*.

—Que sí, que sí, que sí, ¡pesado!

Ni de coña se me iba a olvidar: el verano pasado me había quemado tanto la parte de atrás de las piernas que me dolía hasta sentarme. Mi padre echó un vistazo por la habitación, negó con la cabeza y me abandonó en mitad del caos.

Terminé metiendo en la maleta lo mismo de siempre:

muchos trajes de baño y chanclas y sombreros, algún pantalón corto y alguna camiseta. En el último momento, puse un vestido amarillo que me habían convencido las chicas para que me comprara, por si acaso.

Uno de los motivos por los que aquel año me estaba costando especialmente hacer la maleta era que tenía novio, e iba a estar allí con nosotros. Conocía a Noah y Lee Flynn de toda la vida, y Lee era mi mejor amigo, pero, en estos últimos meses, Noah ha pasado de ser simplemente el hermano mayor de Lee a... Pues eso, mi novio.

Lo que quería decir que era posible que tuviéramos alguna cita, sobre todo desde que ya no nos escondíamos.

Ese pensamiento me hizo sonreír. ¡Ya no nos escondíamos! Se acabó el no contarle nada a mi mejor amigo por si le sentaba mal. Éramos, oficialmente, novios.

Por mucho que me hiciera sonreír, también me provocaba que quisiera tirarme de los pelos por la frustración. ¿Y si me quería vestir mejor para salir con Noah? ¿Había algún tipo de regla por la que no pudiera pasearme en pantalones de pijama y una camiseta ancha cuando él estuviera cerca?

Cogí el pijama que había estado usando felizmente durante los últimos meses. Desde luego, no era el pijama más adecuado para ponerte con tu novio... Y menos cuando él era, muy probablemente, el tío más buenorro del instituto, con esa sonrisa que hacía que te temblaran las piernas... Pero tampoco es que tuviera otra cosa que ponerme.

—¡A tomar por saco! —me dije, y lo metí en la maleta.

—¿A tomar por saco el qué? —oí una voz detrás de mí.

—Hola, Lee —lo saludé sin ni siquiera tener que darme la vuelta para mirarlo, sabía que era él.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Ha explotado tu armario?

—Sí. Nos hemos peleado. Creo que me quiere pedir el divorcio.

Lee se rio y oí cómo cogía un montón de ropa que había en la cama y lo tiraba al suelo. Me volví para decirle que tuviera cuidado con mis cosas justo cuando se lanzó bocabajo sobre mi cama.

—¿Qué estabas murmurando? —me preguntó.

—Nada, es que...

Levantó una ceja, poniendo una expresión poco convenida con la que me decía que sabía exactamente lo que estaba pasando, pero que quería escucharlo de mi propia voz.

—¿Tu bikini no es lo suficientemente pequeño para mi hermano?

—No es eso —le dije, tirándole una camiseta a la cara.

—¿Entonces? Tía, no me digas que me vas a obligar a acompañarte a comprar lencería o algo así. Por favor, Shelly, ¡eso no! Los tampones los puedo soportar, ¡pero la lencería no! ¡Por favor!

Me reí. Lee era prácticamente la única persona a la que le permitía que me llamara Shelly en lugar de Elle (diminutivo de Rochelle), aunque Noah también me llamaba así de vez en cuando, para hacerme rabiar.

—Eso tampoco. Es mi pijama.

—Ah, ¿eso es lo que tanto te preocupa? —Lee se rio y puso los ojos en blanco. Se acercó hasta el borde de la cama para echar un vistazo a la maleta—. Cualquier cosa que te pongas te quedará bien. Además, a él no le va a importar.

Le sonreí. Daba igual lo que me preocupara o me pusiera triste, él siempre conseguía animarme.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo la maleta? —preguntó—. ¿Dieciocho horas?

—Ocho.

Mi mejor amigo se quedó mirándome unos segundos y luego soltó una carcajada.

—Voy a aventurarme a asegurar que tú —dije, señalándole con el dedo— ni siquiera has empezado a hacer la tuya.

—Tú —me respondió, señalándome también con el dedo— tienes toda la razón.

Lee carraspeó y cogió una almohada, arrugando la funda.

—Eh... ¿De verdad que no te importa que venga Rachel?

«Me lo has preguntado un millón de veces.»

Parecía que estaba esperando que me diera un berrinche y que me pusiera a gritarle que no podía cambiar las cosas y que cómo se atrevía a llevar a su novia.

A ver, en cierto modo, sí: no quería que viniera Rachel. Quería que fuera como había sido siempre.

Pero decírselo sería muy egoísta por mi parte, ¿no?

Primero, porque yo estaba saliendo con su hermano. No era justo que le dijera a Lee que no podía llevar a su novia cuando el mío iba a estar allí.

Además, aunque yo no estuviera con Noah, las cosas ese año iban a ser diferentes de todos modos.

Noah no iba a estar todas las vacaciones: se tenía que ir un par de días antes con su padre a Massachusetts para ver el campus de Harvard. Y nosotros nos quedaríamos en la playa.

Odiaba que las cosas tuvieran que cambiar. Cuando era pequeña, creía que siempre tendríamos la casa de la playa. Que, pasara lo que pasase, iríamos todos los veranos y —aunque solo fuera durante un par de días— nos comportaríamos como críos y estaríamos juntos. Incluso cuando ya éramos más mayores y Noah se iba de vez en cuando a alguna fiesta en la playa por la noche, o se enrollaba con alguna tía que le había tirado los tejos, siempre volvía para estar con nosotros. Pasar el verano en la playa significaba que todo era diferente, pero diferente de la mejor de las maneras.

Pero ese año ya no estaba tan segura.

Parpadeé para sacarme de mis pensamientos, y miré a Lee.

Daba igual si me importaba o no que Rachel viniera, era la novia de Lee. Tenía que parecerme bien, por él.

Menos mal que me caía bien.

—Claro que no —le respondí—. ¿Cuándo me habías dicho que llegaba?

—El lunes —me dijo—. Y su familia la recoge el jueves por la tarde. Van a casa de unos familiares y les pilla de camino.

—Guay —asentí, cogiendo del suelo unos pantalones y doblándolos.

—Elle, ¿de verdad que no te importa...?

—¡Que no! —Me reí para reforzar mi afirmación—. De verdad que no me importa, Lee, ¡por millonésima vez! Además, a tu madre y a mí nos vendrá bien un poco de compañía femenina, para variar. Sois demasiados para nosotras solas.

—No había caído en eso —dijo, sonriendo—. Teniendo en cuenta el poco tiempo que hemos pasado juntos estos últimos años.

Los dos nos reímos.

—Venga, ¡mueve el culo y vete a casa a hacer la maleta! —Lo empujé de la cama—. Y si se te vuelve a olvidar meter un bañador este año, no pienso dejarte uno de mis bikinis. No necesito volver a ver eso, gracias.

\* \* \*

Seis y media de la mañana siguiente. Yo estaba en lo alto de la escalera, esperando a bajar mi maleta hasta el porche. Alguien llamó a la puerta, que se abrió y apareció Lee.

—¡Eh, cuidado! —gritó y, cuando me quise dar cuenta, estaba corriendo escalera arriba para cogerme la maleta antes de que pudiera llegar al tercer escalón. Me estaba agarrando muy fuerte a la barandilla para no caerme, mi maleta pesaba como un muerto.



—Gracias —le dije.

Cuando llegamos a la puerta, notamos movimiento cerca de la cocina. Lee se volvió y se encontró a mi padre, de pie con su pijama y su vieja bata burdeos, con las gafas ligeramente torcidas y muy caídas sobre la nariz.

—¿Ya estáis listos para salir? —preguntó, subiéndose las gafas.

—Sí —respondimos los dos a la vez.

—Ya conocéis las normas: nada de fiestas locas ni tequila, no os alejéis mucho en la playa, portaos bien...

—Lo sabemos —volvimos a decir a la vez.

Papá se empezó a reír.

—Ya, ya, todos los años os suelto el mismo rollo, ¿no? Bueno, anda, Elle, dame un abrazo antes de irte.

Me acerqué y le di un beso y un abrazo a mi padre.

—Ten cuidado.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Pelearme con un tiburón y vivir para contarlo? Madre mía...

—Ya sabes a lo que me refiero, Elle.

¿Lo sabía?

Lee tosió y papá cruzó los brazos. Apretó ligeramente la mandíbula, incómodo.

—Con Noah —dijo finalmente.

No sé cómo, pero conseguí evitar sonrojarme. En lugar de eso, suspiré y volví a poner los ojos en blanco.

Mirándolo por el lado bueno, al menos Lee no hizo ningún comentario sarcástico. Ya tuve suficiente con la caja de condones que me compró por mi cumpleaños. No solo me la dio delante de sus padres y Noah, sino que también estaba mi hermano de diez años, ¡y mi padre! Así lidiaba Lee con la incomodidad de que fuera la novia de su hermano: gastando bromas.

Os podéis hacer una idea de la gracia que me hizo a mí la bromita de los condones. Ja, ja.

—No va a pasar nada, papá. No te preocupes. Te llamaré cuando llegue —dije.

—Muy bien, cariño. —Sonrió y, durante un segundo, parecía más señor de cuarenta y ocho años de lo normal. Pero solo durante un segundo. Lee cogió mi maleta de nuevo, antes de que me diera tiempo a mí de hacerlo—. ¿Lee?

—Dime —dijo, volviéndose hacia mi padre.

—Cuida de mi pequeña, ¿vale?

Yo ya no miraba a mi padre, sino a mi mejor amigo. Y él me miraba a mí con una sonrisa cariñosa y dulce. Sus ojos azules me resultaban cálidos y familiares, y las pecas esparcidas por su nariz estaban incrustadas en mis recuerdos, como si hubieran estado ahí durante más de una década. Sentí una necesidad imperiosa de darle un abrazo fuerte y me alegraba muchísimo de que, pasara lo que pasase, sin importar cuánto cambiaran las cosas entre nosotros, siempre tendría a Lee.

Una pequeña parte de mí, con una voz que se parecía extrañamente a la de Lee en mi cabeza, me dijo que dejara de ser tan ñoña.

—No te preocupes —le dijo Lee a mi padre, mirándome de tal forma que yo sabía que estaba pensando lo mismo que yo—. Lo haré.